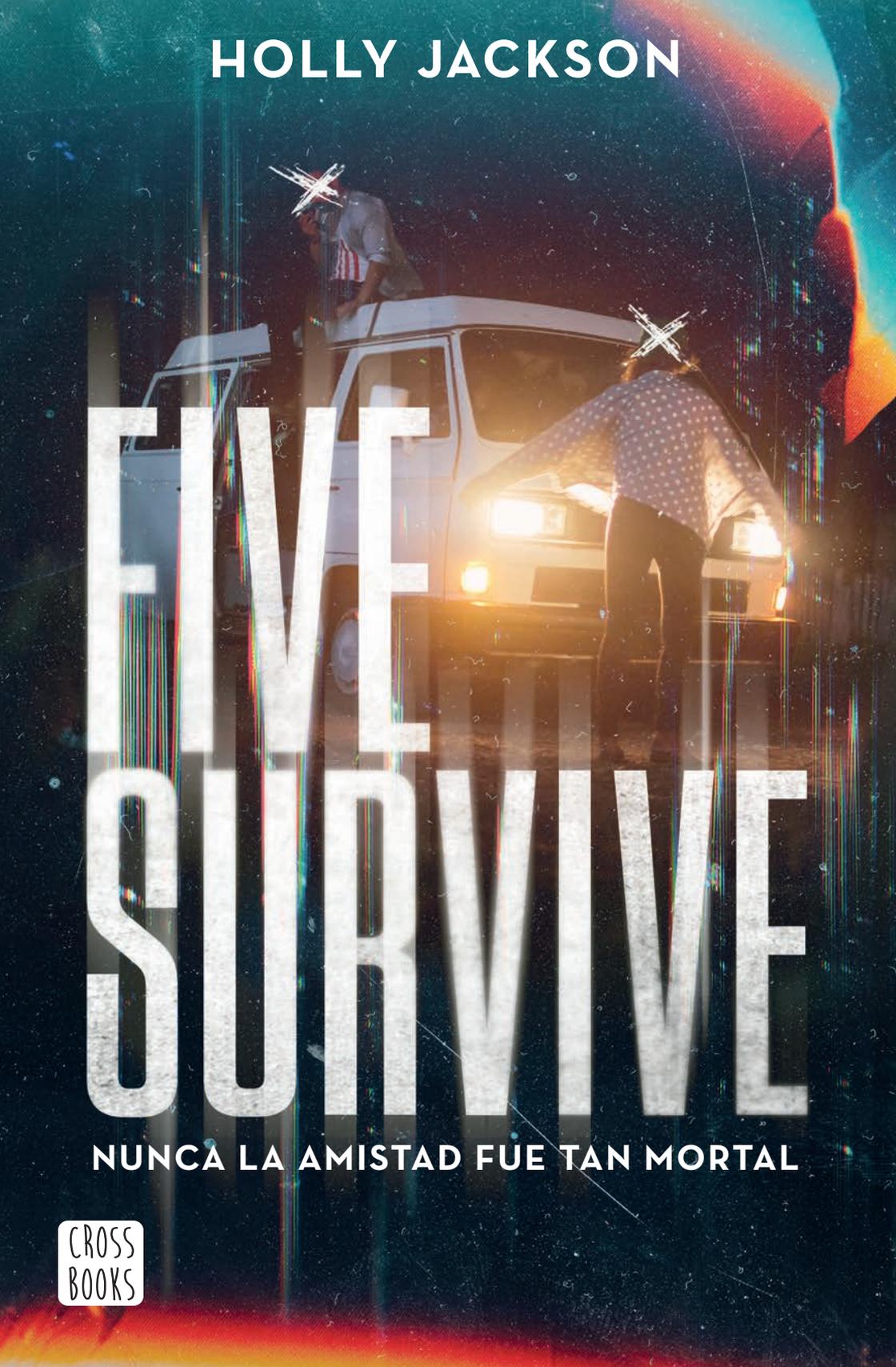


HOLLY JACKSON



FIVE SURVIVE

NUNCA LA AMISTAD FUE TAN MORTAL

CROSS
BOOKS

HOLLY JACKSON

FIVE SURVIVE

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2023
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Five Survive*
© del texto: Holly Jackson, 2022
Publicada de acuerdo con Random House Children's Books, una división de Penguin Random House LLC, New York.
House LLC. Todos los derechos reservados
© de la traducción: María Cárcamo, 2023
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Canciones del interior: Pág. 220 © Letra de *Rocking Around the Christmas Tree* © BMG Rights Management, DistroKid, Kobalt Music Publishing Ltd., ST. Nicholas Music Inc., Universal Music Publishing Group, Warner Chappell Music, Inc, Wixen Music Publishing
© Mapa del interior: Mike Hall, 2022

Primera edición: junio de 2023
ISBN: 978-84-08-27325-7
Depósito legal: B. 9.840-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Uno

Está aquí y no. Rojo y negro. Un momento ahí, otro desaparecida. Su cara en el cristal. Desapareciendo con la luz de los focos que se acercan, volviendo a aparecer en la oscuridad del exterior. Se ha vuelto a ir. La ventana se ha quedado con su cara. Pues nada, que se la quede. Ha vuelto, la ventana tampoco la quería.

El reflejo de Red la miraba fijamente, pero el cristal y la oscuridad no la definían bien y difuminaban sus detalles. Las características principales estaban ahí: el brillo demasiado pálido de su piel y los enormes ojos azules que no eran solo suyos. «Os parecéis mucho», escuchaba a menudo, más de lo que le apetecía. Y ahora no le apetecía escucharlo en absoluto, ni siquiera pensarlo. Apartó la mirada de su cara, la cara de las dos, y las ignoró a ambas. Pero es más difícil ignorar algo cuando te esfuerzas por hacerlo.

Red desvió la mirada hacia los coches de los carriles de al lado y de abajo. Había algo extraño. Los coches parecían demasiado pequeños desde su ventana, pero Red no se sentía más grande. Observó a un sedán azul pasar por su lado y ella lo ayudó con sus ojos, empujándolo hacia delante. «Ahí lo llevas, amigo. Adelanta a esta lata metálica de nueve me-

tros y cuarenta y cinco centímetros de largo que avanza por la autopista.»

—¿Red? —La voz que tenía al lado interrumpió sus pensamientos. Maddy la estaba mirando bajo las tenues luces interiores, con la piel de alrededor de los ojos marrones arrugada. Dio una patadita debajo de la mesa, golpeando a Red en la espinita—. ¿Se te ha olvidado que estábamos jugando a un juego?

—No —dijo Red. Pero sí, se le había olvidado. ¿A qué estaban jugando?

—Veinte preguntas —dijo Maddy, leyéndole la mente. Se conocían de toda la vida; Red solo le llevaba siete meses y tampoco había hecho gran cosa en ese tiempo. Quizás Maddy había aprendido a leerle la mente en esos más de diecisiete años. Red esperaba que no. Había cosas que no podía saber nadie más. Nadie. Ni siquiera Maddy. Mucho menos Maddy.

—Sí, ya —dijo Red, desviando la mirada al otro extremo de la caravana, a la puerta y al sofá cama (en ese momento sofá) donde dormirían Maddy y ella esa noche. Red no se acordaba: ¿qué lado de la cama le gustaba a Maddy? Porque ella no podía dormir si no estaba en el lado izquierdo. Y, justo cuando intentaba leer la mente de Maddy para averiguarlo, se fijó en un cartel verde en mitad de la oscuridad, volando sobre el parabrisas.

—En ese cartel pone Rockingham, ¿no deberíamos salir pronto de esta carretera? —dijo Red, pero no lo bastante fuerte como para que alguien la escuchara delante, donde habría sido más útil. En fin, seguramente estuviera equivocada; mejor no decir nada. Llevaban toda la última hora conduciendo por esa carretera: la I-73 se había convertido en la I-74 y luego en US 220 sin demasiado jaleo.

—Red Kenny, céntrate. —Maddy chasqueó los dedos con una leve sonrisa en la cara. La cara de Maddy nunca se arrugaba ni con la sonrisa más grande. Su piel parecía nata:

lisa y tan clara que era hasta ofensivo. Hacía que las pecas de Red destacaran aún más cuando se ponían juntas en las fotos, una al lado de la otra. Tenían casi la misma altura y el pelo prácticamente igual de largo, aunque el de Red era rubio ceniza y el de Maddy era más castaño claro; uno o dos tonos las diferenciaban. Red siempre llevaba el suyo recogido, con un flequillo que se cortaba ella misma con las tijeras de la cocina. Maddy lo llevaba suelto y perfectamente peinado, con las puntas suaves como Red jamás había tenido las suyas—. Yo soy la que hace las preguntas y tú la que ha pensado en la persona, el lugar o la cosa —dijo Maddy.

Red asintió despacio.

Bueno, aunque a Maddy también le gustara dormir en la izquierda, al menos no les habían tocado las literas.

—Ya te he hecho siete preguntas —continuó Maddy.

—Genial. —Red no se acordaba de la persona, lugar o cosa que había pensado. Pero, en serio, llevaban todo el día en la carretera, habían salido de casa hacía unas doce horas, ¿no habían jugado ya a suficientes juegos? Red estaba deseando que se acabara para poder irse a dormir, ya fuera en el lado izquierdo o en el derecho. Quería terminar. Debían llegar a Gulf Shores sobre esa hora al día siguiente y encontrarse con el resto de sus amigos. Ese era el plan.

Maddy carraspeó.

—Recuérdame las respuestas que he dicho —dijo Red.

Maddy respiró con fuerza. Era mitad suspiro, mitad risa; no lo sabía muy bien.

—Era una persona, una mujer, y no era un personaje de ficción —dijo contando las respuestas con los dedos—. Alguien que yo conozco, pero tú y Kim Kardashian no.

Red miró hacia arriba, buscando entre los rincones vacíos de su memoria.

—Qué va, lo siento. Se me ha ido.

—Vale, pues volvemos a empezar —dijo Maddy. Pero, entonces, Simon salió a trompicones del pequeño baño y salvó a Red de la Diversión Organizada. La caravana aceleró justo entonces y la puerta del baño le dio un golpe.

—Simon Yoo, ¿llevas todo este tiempo ahí dentro? —preguntó Maddy asqueada—. Hemos jugado dos rondas enteras.

Simon se apartó de la cara el pelo negro ondulado y se llevó el dedo índice a los labios para decir:

—Shhh, una dama nunca revela ese tipo de cosas.

—Pues cierra la puerta, joder.

Y así lo hizo, pero con el pie, como si quisiera dejar algo muy claro, y perdió el equilibrio mientras avanzaban por la autopista pasando de un carril a otro.

Tendrían que coger pronto la salida, ¿no? Igual Red debería decir algo, pero en ese mismo momento estaba observando a Simon caerse hacia delante y apoyarse en la diminuta encimera de la cocina que había detrás de ella. Con un movimiento muy extraño, se deslizó en el sofá a su lado y se golpeó las rodillas con la mesa.

Red lo analizó: tenía las pupilas muy dilatadas en la oscuridad, los ojos redondos y una mancha incriminatoria en el centro de su camiseta azul de los Eagles.

—Ya estás borracho —dijo casi impresionada—. Pensaba que solo te habías tomado tres birras.

Simon se acercó a ella para susurrarle al oído y a Red le llegó el fuerte olor metálico de su aliento. No se le escapaba; así era como sabía si su padre le mentía. «No, hoy no he bebido nada, Red, te lo prometo.»

—Shhh —dijo Simon—. Oliver ha traído tequila.

—¿Y ya le has echado mano? —preguntó Maddy, que se había enterado.

Como respuesta, Simon levantó los dos puños cerrados gritando:

—¡Semana Blanca, nena!

Red se rio.

Además, si se lo preguntaba, puede que a Maddy no le importara dormir en el lado derecho esa noche. O toda la semana. Podría preguntárselo y ya está.

—A Oliver no le gusta que nadie toque sus cosas —dijo Maddy en voz baja mientras miraba por encima del hombro a su hermano, sentado unos metros detrás de ella en el asiento del copiloto y toqueteando la radio según hablaba con Reyna, que estaba conduciendo. Arthur estaba de pie justo detrás de Oliver y Reyna, mirando a Red con una sonrisa tensa. O igual estaba sonriendo a Simon.

—Oye, esta caravana es mía, y todo lo que hay en ella me pertenece. —Simon hipó.

—La caravana es de tu tío. —Maddy sintió la necesidad de corregirlo.

—¿No se supone que hoy te tocaba conducir también a ti? —le preguntó Red. El plan era dividir el tiempo de conducción en partes iguales entre los seis. Ella había hecho el primer turno de dos horas, para quitárselo de encima, y condujo desde Filadelfia por la I-95 hasta que pararon a comer. Arthur estuvo con ella todo el tiempo, dándole indicaciones como si supiera cuándo se quedaba en babia y cuándo volvía a espabilarse, o como si intuyera cuándo entraba en pánico por el tamaño de la caravana y lo pequeño que parecía todo desde allí arriba. Todos leían mentes, sin duda. Pero Arthur y ella solo se conocían desde hacía seis o siete meses, no era justo.

—Reyna y yo nos hemos cambiado —dijo Simon—, por las cervezas que ya me había bebido. —Una sonrisa traviesa. Simon siempre conseguía salirse con la suya, era demasiado gracioso y espabilado. Los enfados con él nunca duraban mucho. Bueno, los de Maddy sí, si se esforzaba lo suficiente.

—Oye, por cierto, Reyna mola mucho —le susurró Simon a Maddy, como si ella tuviera algo que ver con la *molalidad* de la novia de su hermano. Ella sonrió y aceptó el cumplido igualmente, mirando a la pareja, que quedaba perfecta incluso de espaldas.

Un paréntesis en la conversación. Era el momento de preguntar antes de que a Red se le olvidara.

—Oye, Maddy, sobre el sofá cama...

—¡Mierda! —gritó Oliver en la parte de delante, y se oyó un ruido extraño—. ¡Esta es nuestra salida! ¡Cógela, Reyna! ¡Ya! ¡YA!

—¡No puedo! —dijo Reyna nerviosa, mirando por los espejos retrovisores y poniendo el intermitente.

—Se quitarán de en medio, somos más grandes. Tú dale —dijo Oliver inclinándose hacia delante como si pretendiera coger él mismo el volante.

Se escuchó un chirrido —no de la caravana, sino de Reyna—, mientras cruzaba el carril con el enorme vehículo. Un Chevrolet enfadado gritó con el claxon y el tío al volante les lanzó una peineta por la ventanilla. Red hizo como que lo cogía y se lo metía en el bolsillo de la camisa de cuadros azules y amarillos, guardándolo para siempre.

—¡Vamos, muévete! —le ladró Oliver, y Reyna dio otro volantazo a la derecha, cogiendo la salida justo a tiempo. Otro claxon, esta vez de un Tesla furioso que se quedó en la autopista.

—Podríamos haber salido en la siguiente y no habría pasado nada. Para eso está Google Maps —dijo Reyna aminorando la velocidad, con una voz extraña y aguda, como si le costara trabajo salir de entre los dientes.

Red nunca había visto a Reyna nerviosa ni enfadada, solo sonriendo continuamente, una sonrisa que se ampliaba cada vez que miraba a Oliver a los ojos. ¿Cómo sería estar

enamorada? No podía imaginárselo, por eso los observaba de vez en cuando, para aprender con el ejemplo. Pero Red debió haber mencionado antes la salida, ¿verdad? Habían aguantado casi todo el día sin levantar las voces. Había sido su culpa.

—Lo siento —dijo Oliver, colocándole a Reyna un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja para poder apretarle el hombro, y le marcó los dedos—. Es que quiero llegar al *camping* cuanto antes. Estamos todos muy cansados.

Red apartó la mirada y los dejó solos en su momento de intimidad. Bueno, todo lo solos que podían estar en una caravana de nueve metros y cuarenta y cinco centímetros en la que había seis personas. Por lo visto, esos cuarenta y cinco centímetros extra eran tan importantes que no podían redondear la cifra.

El mundo fuera de la caravana volvía a estar oscuro. Los árboles bordeaban la carretera, pero Red apenas podía verlos; no veía más allá de su propio reflejo y la otra cara que se escondía tras él. También tuvo que apartar la mirada de eso, antes de pensar demasiado en ello. Aquí y ahora, ya no.

El camión que iba delante de ellos frenó al pasar por una señal de límite de velocidad a cincuenta y las luces de los frenos colorearon de rojo la carretera frente a ellos. El color que la perseguía fuera donde fuese y que nunca significaba nada bueno. Pero la carretera continuaba, y ellos también lo hicieron.

Ay, un momento, ¿qué era lo que tenía que preguntarle a Maddy?